



Pensar la herramienta política (estratégica) del campo popular*

Miguel Mazzeo

Thinking the (strategic) political tools of the popular field*

translated by María de la O López Abeledo

En la lucha [...] esta masa se reúne, se constituye en clase para sí. Los intereses que defiende se convierten en intereses de clase. Pero la lucha de clase contra clase es una lucha política. (Karl Marx)

Cuando hombres y mujeres implicados en formas modestas y locales de resistencia política se vean transportados por el impulso interior de estos conflictos a una confrontación directa con el poder del Estado, es posible que su conciencia política pueda modificarse de manera definitiva e irreversible. (Terry Eagleton)

No somos fatalistas. No creemos que todo poder político indefectiblemente termine generando opresión y devenga en fuente de privilegios. Incluso algunos han planteado con total irresponsabilidad que el ejercicio de la opresión es el destino inevitable de toda organización, como si la emancipación no necesitara organizarse. Hasta el mismísimo Max Stirner, ácrata paladín de las utopías más individualistas, manifestó su intención de unirse a un partido si este no tuviera nada de obligatorio. También Bakunin planteó la necesidad de una vanguardia consciente, cerca, muy cerca de Augusto Blanqui y Lenin y lejos de Rosa Luxemburgo.¹ Estimamos tan desatinado concebir la acción de las masas desorganizadas como la de las vanguardias separadas. Y vale aclarar que concebimos a

In the struggle [...] this mass comes together to constitute a class for itself. The interests they defend are converted into class interests. The class struggle is a political struggle. (Karl Marx)

When men and women involved in modest and local forms of political resistance see themselves being carried by the interior impulse of these conflicts to a direct confrontation with state power, it is possible that their political consciousness can be modified in a definite and irreversible way. (Terry Eagleton)

We are not fatalist. We don't think that every political power, without exception, ends up generating oppression and becoming a source of privileges. Some have even proposed, with a total lack of responsibility, that the exercise of oppression is the unavoidable fate of any organization, as if emancipation didn't need organizing. Max Stirner himself, anarchist champion of the most individualist utopias, declared his intention of joining a party if this didn't involve anything compulsory. Bakunin, too, posed the need of a conscious vanguard, close, very close to August Blanqui and Lenin, but far from Rosa Luxemburg.¹ We consider it foolish to think of the action of disorganized masses as separate vanguards. And it is worth

la 'vanguardia' en términos sociales, como un sector del movimiento de masas que con sus luchas crea posibilidades para un conjunto más amplio. Mabel Thwaites Rey señala que una cosa es tener en cuenta "que la disputa por el poder logra degradar y aniquilar la posibilidad de construir una sociedad alternativa que diluya las condiciones mismas que hacen factible el poder como imperativo de un grupo sobre otros. O alertar contra las formas de replicar en la propia práctica emancipatoria el esquema de poder que se desea combatir. Pero otra muy distinta es pretender ignorar la dimensión 'política' en el sentido profundo de la disputa por crear o mantener una organización social acorde con intereses y valores específicos".²

Ante la creciente heterogeneidad de las clases subalternas, ante la necesidad de conciliar intereses de clase con intereses de grupo y la discontinuidad del accionar de las masas; para garantizar posiciones de fuerza permanente que le permitan al pueblo tanto el repliegue en el momento del reflujo como el relanzamiento en el momento del alza y para contrarrestar las limitaciones de los combates aislados, se torna imprescindible pensar en una herramienta, una organización política, instancias institucionales e instrumentales, claro que totalmente diferentes a las que conocemos, hijas todas de una concepción mecánica: que no pretendan reemplazar la actividad del pueblo y sus organizaciones por un poder pro-popular, que no se conciban como medios de expresión de una voluntad colectiva supuestamente unificada ni como ejecutores exclusivos de esa voluntad; que no se conciban como encarnación de la conciencia de clase o de la ética de los trabajadores (el partido como herramienta de la conciencia para labrar un destino histórico y realizar una ética); que abandonen definitivamente los enfoques coercitivos³ y el instinto policial; que no operen por encima de la existencia

explaining that we understand 'vanguard' in social terms: as a sector of the movement of masses that, with its struggles, creates possibilities for a wider whole. Mabel Thwaites Rey points out that it is one thing to consider "that the struggle for power can damage and annihilate the possibility of constructing an alternative society, which dilutes the conditions that make it feasible for power to be an imposition of a group over others; or to be alert about the ways one's own emancipatory practice can reproduce those power schemes that one wants to fight against. But it is a very different thing to try to ignore the 'political' dimension, in the deep sense of the struggle for creating or maintaining a social organization in accordance with one's specific interests and values".²

In view of the growing heterogeneity of subaltern classes and the need for combining class interests with group interests, as well as the discontinuity of mass actions, it is indispensable to think up a tool – a political organization, institutional and instrumental bodies – in order to guarantee strong permanent positions; positions that allow the people to retreat in the moment of a backlash, as well as relaunch in the moment of an impulse, and to counteract the limitations of isolated combats. However, this tool must, of course, be totally different from those we know that have grown out of a mechanistic conception. It must not aspire to replace the people's activity and their organizations with a pro-popular power; it must not be conceived as means of expression of a supposedly unified collective will or as exclusive performers of that will; it must not conceive itself as the embodiment of class consciousness or of the workers' ethics (the party as a tool of consciousness to bring about a historic fate and accomplishment of an ethics); it must definitely withdraw, once and for

cotidiana del pueblo y de sus organizaciones; que sostengan la confianza social, la participación y la coordinación organizativa; que hagan de los objetivos emancipatorios forma emancipatoria real y concreta; que sirvan para realizar las metas de las organizaciones del pueblo y que no pretendan reemplazarlo; que ‘aporten’ a una causa y que no se crean la encarnación de esa causa; que rompan la relación medios-fines; que anticipen el futuro deseado en las formas; que se asuman como momento, no como exteriorización fija y especializada en el ejercicio del poder; que unifiquen –sin dominar– los discursos y prácticas emancipadoras (que unan a los ‘pequeños destacamentos’ dispersos, que pongan en movimiento al conjunto); que no reduzcan el ‘logos’ a una organización, y que, ocasionalmente y secundariamente, sirvan para la disputa y el ejercicio del poder estatal. No podemos dejar de destacar que en la Segunda Declaración de la Selva Lacandona de 1994, los mismos zapatistas hablan de partidos políticos de ‘nuevo tipo’.

El partido de izquierda tradicional (al igual que los grupos ‘antipartidos’ que actúan como partidos) se caracteriza por plantear objetivos que se deben alcanzar con los pasos que da el propio partido. Busca imponer sus propios ritmos, los ritmos de la organización, los ritmos del aparato, dejando de lado el trabajo tendiente a generar o apuntalar los hechos capaces de modificar la realidad. Se caracteriza también por su concepción instrumentalista de la lucha de clases y su negación como parte fundamental del proceso autoemancipatorio. Respecto de este tópico creemos que no queda mucho por discutir. La actitud reciente de una parte de la izquierda argentina en relación al fenómeno de las asambleas y al movimiento piquetero es lamentable. Han buscado cooptar, manejar, imponer. En lugar de apostar al movimiento social real masivo han apostado al ‘control’ de una parte, a la

all, any coercive approaches³ and the instinct of policing; it must not operate without considering the daily existence of the people and its organizations; it must support social trust, participation and organizational coordination, transforming emancipatory goals into a real and concrete emancipatory form; it must help to achieve the goals of people’s organizations and not try to replace them; it must contribute to a cause and not consider itself as the embodiment of this cause; it must break with the logic of means and ends anticipating the forms of the desired future. These forms must be provisional, but not fixed and specialized objects for the exercise of power, unifying, without dominating, discourses and emancipatory practices; uniting the dispersed groups and putting the whole into motion. They must not reduce the *logos* to an organization; occasionally and secondarily they can be useful for disputing and exercising State power. We cannot ignore the fact that in the Second Declaration of the Lacandona Jungle in 1994 the Zapatistas themselves talked about political parties of a ‘new kind’.

The traditional left-wing party (as well as ‘anti-party’ groups that work like parties) is characterized by posing goals to be achieved by the steps of the party itself. It seeks to impose its own rhythm – the organization’s rhythm, the apparatus’ rhythm – leaving aside the work that will generate or signal events that can modify reality. It is also characterized by its instrumental conception of class struggle and its denial of class struggle as a fundamental part of the self-emancipatory process – with regard to this topic we believe there is not much left to argue about. The recent attitude of parts of the Argentinean Left regarding the phenomenon of assemblies and the *piquetero* movement is regrettable. They have tried to co-opt, manipulate and

subordinación de toda instancia de acción práctica y de lucha y a la creación de sellos desarraigados. Muy pocas organizaciones partidarias (por no decir ninguna) han concebido su actividad en función de un proceso de autoemancipación de las clases subalternas. Al autoerigirse en ejes de unidad, reproducen la fragmentación. El pueblo solo cuenta para el sectario como apoyo para sus fines.⁴ Otra vez 'el pez en el agua', otra vez el vanguardismo de los que consideran a las masas la piscina en la que van a realizar sus destrezas natatorias. ¿Cuándo vamos a pensar en maremotos? La experiencia histórica es contundente: los instrumentos elitistas siempre han conducido a la entronización de elites. Un proyecto que toma como ejes principales la justicia y la igualdad nunca puede fundarse a través de la práctica de una organización centralizada, verticalista y jerárquica. La apuesta principal pasa por construir una herramienta de cambio, evitando que la misma herramienta se convierta en el objetivo de la lucha, una herramienta 'flexible' (a la que consideramos absolutamente necesaria) que aporte a la generación de hechos capaces de modificar la realidad.

Por lo menos como ejercicio de abstracción ¿No se puede pensar en otra forma de poder político? ¿No es factible un poder socializado, horizontal, democrático, que conviva con un mínimo de centralización coyuntural y efímera, un poder asentado en organizaciones populares activas y sólidas? ¿Las fuerzas populares consolidadas a partir del ejercicio de lo que Holloway⁵ llama 'poder-de', no deberán ejercer en algún momento el 'movimiento' de poder-sobre, con el objetivo de 'separar' a los sectores dominantes? ¿la 'conquista del poder', sin considerarla como pivote, no debería 'complementar', 'consolidar', etc., el proceso de autoemancipatorio que implica la lucha de clases? ¿Más que las formas del 'anti-poder', las fuerzas

impose, instead of backing the massive social movements. They have tried to control parts of the movements, betting on the subordination of all forms of practical actions and struggles, as well as the creation of uprooted images. Very few party organizations (not to say none) conceive their activities as support for the self-emancipatory process of subaltern classes. When they declare themselves as axes of unity they reproduce fragmentation. The people are only considered by the sectarian as a means for their goals.⁴ Once again we watch the vanguardism of those who think of the masses as if they were a swimming pool in which the vanguards would perform their swimming skills. When are we going to consider the masses as the sea that can produce tidal waves? The historical experience is convincing: elitist tools have always led to the enthronement of elites. A project that takes justice and equality as its main axes can never be established through the practice of a centralized, vertical and hierarchical organization. The main bet has to be on the construction of a tool for change; and we have to avoid that the tool itself becomes the goal of the struggle. We need a 'flexible' tool that contributes to the generation of facts and events that can modify reality.

At least as an exercise of abstraction, isn't it possible to think of a different form of political power? Isn't a socialized, horizontal and democratic power feasible? One which coexists with a minimum of contextual and ephemeral centralization; a power settled on active and solid popular organizations? Shouldn't consolidated popular forces, generated by the exercise of what Holloway⁵ calls the 'power-of', exercise, at some point, the 'movement' of 'power-over', with the goal of 'separating' the dominant groups? Shouldn't the

populares no deben reivindicar el ejercicio de un poder entendido como capacidad de imponer un sentido, de resignificar y resimbolizar las redes significativas que componen el mundo humano? ¿la causa de la deshumanización y la ‘cosificación’ de los dominados, no es precisamente la falta de poder? Los sucedáneos propuestos para las clásicas nociones de ‘poder popular’ y para las que plantean ‘el papel social dirigente de los trabajadores’, no nos parecen convincentes.

No se trata de obligar a todo el mundo a que acepte nuestra forma de hacer/pensar y el tipo de vínculo social y político que proponemos. Pero sucede que existe un poder y un sistema de dominación que impone, por todos los medios, con todos los recursos, sus propias formas de hacer/pensar basadas en la naturalización de las desigualdades, en los vínculos mercantiles y en una idea negativa de la libertad. Lo nuestro es básicamente rechazo, no intento de imponer. Afirmamos nuestras formas porque las consideramos justas y superadoras del orden imperante, pero también porque nos permiten resistir y vivir.

La dicotomía movimiento-institución, prácticamente nace con los primeros movimientos antisistémicos. En algunos casos esta dicotomía se expresa como una contradicción entre el movimiento como construcción social y dinámica de las organizaciones populares y el movimiento como estructura (herramienta política, conjunto de aparatos, etc.). A diferencia del movimiento, la institución tiene un instinto conservador, una tendencia natural al reposo y a la burocracia. Se resiste a los cambios porque amenazan el ideal de estabilidad. Su temor al paso en falso conduce a la parálisis. En determinados contextos cumple la función de freno del movimiento, pero en otros ese rol ‘conservador’ puede resultar vital para el

‘conquest of power’, without considering it as a pivot, ‘complement’ and ‘consolidate’ the self-emancipatory process implied by class struggle? Instead of the forms of ‘anti-power’, shouldn’t popular forces demand the exercise of power as the capability for imposing meaning, for re-signifying and re-symbolizing the webs that make up the human world? Isn’t exactly the lack of power the cause for the dehumanization of the dominated? The substitutes proposed for the classical notions of ‘popular power’ and for those notions that pose ‘the leading social role of workers’ are not convincing from our point of view.

This is not about forcing everyone to accept our way of doing/thinking and the type of social and political bond we propose. However, it is clear that there is a power and a system of domination that imposes – using all means and resources – its own ways of doing/thinking, which are based on the naturalization of inequalities, mercantile bonds and a negative idea of freedom. Our basic position is to reject this and not to attempt to impose. We state our forms because we consider them fair and able to overcome the prevailing order, but also because they allow us to resist and live.

The movement-institution dichotomy arose with the first anti-systemic movements. In some cases this dichotomy appears as a contradiction between the movement as a social and dynamic construction of popular organizations, and the movement as structure (political tool, set of apparatuses, etc.). Unlike the movement, the institution has a conservative instinct, a natural tendency to quiescence and to become a bureaucracy. It resists changes because they threaten the ideal of stability. Its fear of making mistakes leads to paralysis. In

movimiento, para garantizar su continuidad histórica, para habilitar su recomposición, etc.. Un desafío para la izquierda y el campo popular es pensar la complementación de formas centralizadas (siempre adecuadas al momento histórico) con otras no centralizadas, con organizaciones no institucionales, flexibles, traslaticias, diseminadas en el barrio, en la calle, en cada casa y, a veces, inubicables.

Evidentemente, existe una relación muy estrecha entre el partido de izquierda en su formato tradicional y la toma del poder estatal como horizonte estratégico, lo que históricamente condujo a priorizar la institución sobre el movimiento. Algo que cuestionaba Rosa Luxemburgo a comienzos del siglo XX al plantear que en la acción política no eran las masas desorganizadas las que permanecían inmóviles, sino los partidos organizados y sus direcciones (se refería a los partidos socialdemócratas, en particular el alemán). Rosa Luxemburgo denunciaba la pérdida de tiempo en 'pamplinas burocráticas'. Karl Kautsky, por su parte, consideraba que este tipo de planteos conducía a la negación de la necesidad de la organización. ¿Qué hacer para evitar que la institución se fagocite al movimiento? ¿Cómo evitar caer en el fetichismo del movimiento como reacción ante el fetichismo de la institución? ¿es suficiente la capacidad de acción 'autónoma' y la iniciativa de las clases subalternas para el éxito del movimiento de masas? Formulamos estas preguntas porque partimos de la base de que el movimiento, por sí solo, se agota, no alcanza, se aísla. Proponemos pensar la institución como medio al servicio del movimiento, porque este último es el campo fundamental de la contrahegemonía o de la hegemonía alternativa, el locus en el cual las clases subalternas pueden desarrollar una praxis independiente.

Sostenemos la noción que establece la

certain contexts it functions as a brake for the movement, but in others this 'conservative' role can be essential for the movement in order to guarantee its historical continuity and allow its recomposition. A challenge for the Left and the popular field is to think of the complementation of centralized forms (only if they are suited to the historical moment) with non-centralized forms: non-institutional, flexible, transferable organizations, which are spread out in the neighborhood, the street and each house, and which are sometimes impossible to locate.

There is, of course, a very tight relationship between the left-wing party in its traditional format and the taking of State power as a strategic horizon, which has historically led to giving priority to the institution over the movement. This is what Rosa Luxemburg questioned at the beginning of the 20th century when she stated that in political action it was not the disorganized masses that remained still but the organized parties and their formal leadership (she referred to Social Democratic Parties, the German one in particular). Rosa Luxemburg denounced the loss of time in 'bureaucratic nonsense'. Karl Kautsky, in turn, considered that this kind of statement leads to the refusal of the need for organization. What to do to avoid the institution absorbing the movement? How to avoid falling into the fetishism of the movement as a reaction to the fetishism of the institution? Is the capability of 'autonomous' action and the initiative by subaltern classes enough for the success of the mass movement? We pose these questions because we consider that the movement on its own becomes exhausted; it fails and isolates itself. We propose to think of the institution as a means in the service of the movement, because the latter is the fundamental field

existencia de un sujeto popular fragmentado o plural en América Latina. Esto no debe confundirse con la tesis débil del antipostmodernismo que termina diluyendo al sujeto en una pluralidad de 'posiciones' o 'hábitos de posiciones' del sujeto. Menos aún debe confundirse con la vana pretensión de servir a dos clases al mismo tiempo. Para el caso argentino la situación se presenta en parte como novedosa en función de la pérdida (en términos relativos) de centralidad estratégica de la clase obrera industrial, el actor privilegiado en tanto sector social dinamizador de la luchas populares durante las etapas anteriores. Las nuevas condiciones exigen formas originales de intervención política que den cuenta de la diversidad y del carácter plural de los nuevos sujetos (de la clase).

Vale la pena recordar que la tesis de la centralidad obrera terminó favoreciendo en muchos casos a las interpretaciones de tipo estructuralista que veían a las conductas y a las prácticas sociales como determinadas unilateralmente por la posición que los sujetos ocupaban en el terreno de la producción. Estas concepciones, sumadas a las que sostenían la noción de externalidad de la política en relación a la clase obrera hicieron que la izquierda terminara compartiendo nociones axiales de la cultura política dominante.

En nuestro país, y en el resto de América Latina, la fuerza de trabajo es difícil de ubicar en términos de clase rígidos. El desarrollo capitalista en nuestro caso no necesariamente hace más homogénea a la fuerza de trabajo, por el contrario, va delineando una estructura social altamente segmentada. Estamos ante una clase obrera heterogénea y no ante un proceso de reducción o disolución de la clase trabajadora. Por supuesto, la heterogeneidad la debilita, limita sus potencialidades. En este sentido podemos

for counter-hegemony or alternative hegemony, the locus where subaltern classes can develop an independent praxis.

We maintain the idea of the existence of a fragmented or plural popular subject in Latin America. This shouldn't be confused with the weak anti-postmodernism that ends up dissolving the subject into a plurality of 'positions' or 'habits of positions'. It should be even less confused with the futile pretension of serving two classes at the same time. In the Argentinean case the situation is novel, in a way, because of the loss (in relative terms) of the strategic centrality of the industrial working class as the privileged actor and social group that stimulated popular struggles during previous phases. The new situation demands original ways of political intervention which embrace the diversity and plural character of new subjects (and their class position).

It's worth remembering that the thesis of the working class centrality ended up favoring, in many instances, structuralist interpretations that understood social behaviors and practices as unilaterally determined by the position occupied by subjects in the sphere of production. These conceptions, together with those that support the notion of the externality of politics in relation to the working class, left the Left sharing axial notions with the dominant political culture.

In our country, and in the rest of Latin America, it is difficult to locate the labor force in rigid class terms. Capitalist development in our case does not necessarily make the labor force more homogeneous; on the contrary, it slowly produces a highly segmented social structure. We face a heterogeneous working class and not a process of

reconocer en las 'nuevas organizaciones populares' una nueva y distinta modalidad de expresión de la clase trabajadora que viene a complementarse con otras más tradicionales y no por eso menos necesarias.

Las luchas denominadas 'sociales' o 'reivindicativas' (y las experiencias organizativas que generan) impulsan el proceso de formación de conciencia y pueden operar como soportes identitarios, ya que expresan identidades colectivas con contenidos culturales y simbólicos objetivamente contrahegemónicos. Estas experiencias generan un contexto solidario que tiende a superar el dualismo y la enajenación. Se van recreando así espacios que favorecen la transformación de los individuos a nivel personal, requisito indispensable para lograr una percepción global. La transformación de las actitudes personales es inseparable de la transformación de la realidad. Estas experiencias deben ser reconocidas como el terreno de una praxis que puede garantizar el ascenso del sentido de la libertad real. Estas luchas, en ocasiones, ofrecen el marco adecuado para la reconstrucción de subjetividades organizadas alrededor de intereses emancipatorios y para superar la identidad prevaleciente, estructurada alrededor de la derrota. No debemos olvidar algunos principios básicos: que las condiciones de la transformación revolucionaria se encuentran en germen dentro de la acción cotidiana y que una 'mentalidad revolucionaria' es el resultado de una larga práctica. Los nuevos sujetos sociales están buscando (y construyendo) su identidad (su autoreconocimiento como categoría) y su espacio (su territorio social) en el marco de las actuales relaciones de poder. Estamos ante una de las formas que asume la lucha de clases en la Argentina de principios de siglo XXI.

Estas experiencias nos obligan a pensar en

reduction or dissolution of the working class. Of course, that heterogeneity weakens it, limits its potentialities. In this sense, we can recognize in the 'new popular organizations' a new and different form of expression of the working class that complements other more traditional – but not less necessary – forms.

The so-called 'social' or 'demanding' struggles (and the organizational experiences they generate) foster the process of consciousness formation and can operate as identity supports, expressing collective identities with objectively counter-hegemonic cultural and symbolic contents. These experiences generate a solidary context that tends to overcome dualism and alienation. Thus, spaces are created that enable individuals' transformation at a personal level, which is an indispensable requirement to achieve global perception. The transformation of personal attitudes cannot be detached from the transformation of reality. These experiences must be recognized as the terrain of a praxis that can guarantee the rise of the meaning of real freedom. At times these struggles offer an adequate framework for the reconstruction of subjectivities, organized around emancipatory interests and for overcoming the prevailing identity structured around defeat. We shouldn't forget some basic principles: that the conditions for revolutionary transformation are potentially present in everyday action and that a 'revolutionary mentality' is the result of a long practice. The new social subjects are looking for (and constructing) their identity (their self-recognition as a category) and their space (their social territory) in the framework of current power relations. We are facing one of the forms assumed by class struggle in Argentina at the

las múltiples dimensiones del 'ser social'. Esta noción no debe remitirnos pura y exclusivamente a las identidades de clase. 'Otras' identidades, sin dudas afectadas por la posición de clase, son constitutivas de los sujetos. Negarlas o no asignarles ningún rol en la formación de la conciencia constituye un gesto autoritario y castrador.

Las dificultades con las que tropieza cualquier proyecto de transformación en las actuales condiciones están basadas muchas veces en la ausencia de nexos entre lo social y lo político. Lo político entendido como la instancia que encausa las luchas particulares y las prácticas objetivamente contrahegemónicas hacia un horizonte trascendente y evita que la lucha reivindicativa se convierta en un objetivo per se. Lo político como el acto de desmalezar el camino de la realidad. Lo político, sencillamente, como los 'propósitos comunes' o las 'ceremonias unánimes', como lo que pone en movimiento al conjunto más allá de las luchas aisladas, como las 'luchas generalizadas'. Al igual que Rosa Luxemburgo entendemos a la crisis política de la izquierda como una consecuencia de la ruptura del vínculo dialéctico entre la praxis cotidiana y la meta futura final, entre el sujeto y el designio. Ruptura a la que podemos agregar una ausencia: la de la conciencia y la voluntad necesarias para resolver la conflictividad objetiva.

La relación entre organizaciones sociales de base y las organizaciones políticas (o la política a secas, por qué no) tal vez constituya una de las temáticas destinadas a convertirse en la problemática central de los debates en los próximos años. Como respuesta casi refleja a las viejas concepciones *aparataristas*, *pseudo-vanguardistas* y *elitistas* que partían (y parten) de la noción de externalidad de la política en relación a los sujetos de la transformación (clase obrera, campesinado)

beginning of the 21st century.

These experiences force us to think about the multiple dimensions of 'social being'. This notion shouldn't refer to pure and exclusive class identities. 'Other' identities, certainly affected by class position, are constitutive of subjects. To deny them, or not to assign them a role in the formation of consciousness, represents an authoritarian and castrating gesture.

Difficulties faced by any transformation project in the present conditions are often based on the absence of links between the social and the political: the political understood as the dimension that channels particular struggles and objectively counter-hegemonic practices towards a transcending horizon, avoiding that the demanding struggle becomes a goal per se; the political as the act of clearing the path of reality; the political as simply the 'common purposes' or the 'unanimous ceremonies', which set into motion 'generalized struggles' beyond isolated ones. As Rosa Luxemburg does, we understand the political crisis of the Left as a consequence of the rupture of the dialectic link between everyday praxis and the future final goal, between the subject and the destiny; a rupture to which we can add an absence: that of the necessary consciousness and the will to resolve the objective field of conflicts.

The relationship between grassroots social organizations and political organizations (or just politics) may represent one of the issues destined to become the central debate in coming years. As an almost reflex response to the old *appararist*, *pseudo-vanguardist* and *elitist* conceptions that were based (and still are) on the notion of the externality of politics in relation to the subjects of the transformation (working class, peasants),

se terminó planteando que en la relación entre organizaciones sociales y organizaciones políticas indefectiblemente terminan perjudicadas las primeras. ¿La presencia de organizaciones (no nos referimos específicamente a los partidos tradicionales de la izquierda) o a grupos políticos en la organización y en las luchas de los ‘movimientos y redes sociales’ implica siempre un intento por imponer objetivos en última instancia son ajenos a estos últimos? ¿O por el contrario existe, aunque sólo hipotéticamente, la posibilidad de una relación *dialéctica* entre las organizaciones sociales y políticas, una relación que transformando a cada parte de origen a algo distinto y superior?

Muchas veces las posiciones *basistas* a ultranza que reivindican una autonomía tan absoluta como abstracta para las organizaciones populares se olvidan de un dato tan contundente como ineludible: la ideología dominante es la ideología de la clase dominante. Es decir, mientras rechazan por principio la presencia de grupos, de concepciones y de ideas supuestamente ‘ajenas’ a las organizaciones de base, aceptan –pasiva e inconscientemente– la imposición de la ideología de la clase dominante.

¿Cuál es la forma organizativa capaz de generar hegemonía de masas e integrar a las organizaciones de base en un proyecto político de dimensiones estatales? ¿El partido revolucionario? Creemos que no. Hay que superar la que ha sido denominada como ‘ortodoxia de la esencialidad del partido revolucionario’, forma que históricamente tendió a sustituir a las masas y a atribuirse sus tareas. También hay que precaverse de las concepciones ‘optimalistas’, de crecimiento vegetativo (de embrión). La tradición política argentina no se caracteriza por la presencia de partidos de izquierda fuertes. El movimiento parece la forma más adecuada.

we ended up posing that in the relationship between social organizations and political organizations the latter inevitably damage the former. Does the presence of organizations (we don’t specifically refer to traditional left-wing parties) or political groups in the organization and the struggles of ‘social networks and movements’ always imply an attempt to impose goals that are, in the end, alien to the latter? Or, is there, in contrast, the possibility – although hypothetical – of a *dialectical* relationship between social and political organizations, a relationship that transforms each part giving rise to something different and better?

Many times extreme *grassroots* positions, which claim an as much absolute as abstract autonomy for popular organizations, forget a conclusive and unavoidable fact: the prevailing ideology is the ideology of the dominant class. That is, while they refuse on principle the presence of groups, conceptions and ideas supposedly ‘alien’ to grassroots organizations, they accept – passively and unconsciously – the imposition of the ideology of the dominant class.

What is the organizational form capable of generating hegemony of the masses and integrating grassroots organizations in a political project of State dimensions? The revolutionary party? We don’t think so. We have to overcome what has been called the ‘orthodoxy of the essentiality of the revolutionary party’, a form that historically tended to substitute masses and assume their tasks. We also have to be cautious with ‘optimum’ conceptions of vegetative growth. The Argentinean political tradition is not characterized by the presence of strong left-wing parties. The movement seems to be the most suitable form. Traditional left-wing parties in Argentina, according to Fredric

Los partidos tradicionales de izquierda en la Argentina, al decir de Fredric Jameson,⁶ remiten a la *cinta de Möbius*: flotan en el vacío, se caracterizan por su absoluta autoreferencialidad y autocircularidad, no tienen puntos de referencia, no tienen exterioridad. Conciben a la organización más como forma exterior que como herramienta e identidad. La vida grupuscular de algunas organizaciones las lleva a dirigir su agresividad al grupo más cercano y no al enemigo real. El partido de izquierda en su formato tradicional es como un punto fijo, o, en el mejor de los casos, como un conjunto de puntos definidos. El movimiento puede y debe concebirse como la praxis que interviene en la construcción del camino y a la vez como el ideal del trayecto.

Los que deifican desde la izquierda al partido o la 'orga' deberían tener presente al Marx del *Manifiesto* que señalaba que un partido con cierto grado de influencia social constituye un elemento mucho más ocasional que el proceso de construcción de los actores sociales revolucionarios (Marx se refería a la clase obrera en particular, claro está). Desde esta perspectiva el partido o la 'orga' aparecen subordinados a una estrategia central y global que los excede. Concretamente: Marx considera al partido y la 'orga' siempre en el marco de un movimiento y va más allá: afirma que su rol principal pasa por 'defender' el porvenir de ese movimiento y por 'apoyar' todo movimiento revolucionario contra el régimen político y social existente. De este modo la organización no opera como frontera, se concibe como un *locus* que aporta a una causa y no como la causa misma. Marx también decía en el *Manifiesto* que los comunistas "no proclaman principios especiales a los que quisieran amoldar el movimiento proletario".⁷

Jameson,⁶ remind us of a *Möbius strip*: they float in the void, they are characterized by their absolute self-referentiality and self-circularity, they have no points of reference, and have no exteriority. They understand the organization more as an external form rather than as a tool and identity. The group life of some of those organizations leads them to direct their aggressiveness towards the nearest group and not towards the real enemy. The left-wing party in its traditional format is like a fixed point, or, in the best case, like a set of defined points. The movement can and must be understood as the praxis that intervenes in the construction of the path and, at the same time, as the ideal of the path.

Those from the Left who deify the party or the organization should keep in mind the Marx of the *Manifesto*, who pointed out that a party with a certain degree of social influence constitutes a much more occasional element than the process of the construction of revolutionary social actors (Marx referred to the working class in particular, of course). From this perspective the party or the organization become subordinated to a central and global strategy that exceeds them. Concretely, Marx considers the party and the organization as always being part of the framework of a movement; but he goes further: he states that their main role is 'to defend' the movement's future and 'support' any revolutionary movement against the existing social and political regime. In this way the organization does not operate as a border; it is understood as a *locus* that contributes to a cause and not as the cause itself. Marx also said in the *Manifesto* that the communists "do not proclaim special principles to which they want to frame the proletarian movement".⁷

Para Marx, cualquier organización era una secta si convertía en frontera organizativa cualquier conjunto de opiniones particulares (incluyendo las opiniones de Marx), si hacía de ese conjunto de opiniones particulares el elemento determinante de su forma organizativa... nunca Marx creó su organización. Se asociaba con organizaciones realmente existentes, tratando de influir en ellas y, ante todo, de influir, a través de ellas, sobre el movimiento social. La prioridad que daban a su actividad en estas organizaciones no derivaba de la afinidad ideológica con ellas, sino de la importancia que pudieran tener de cara a la transformación social.⁸

La construcción de un movimiento político revolucionario implica un proceso colectivo de reflexión y de acción conjunta en el cual se acumula fuerza social y moral, se consolida una posición y se ocupa un territorio social y un espacio político. Exige instituir un continente de destinos basado en la solidaridad práctica y no una unidad de destinos por falta de solidaridad. Como la lucha de clases no depende de ninguna voluntad subjetiva, la unidad real nunca puede ser el resultado del gesto voluntarista de las superestructuras. La relación entre organizaciones políticas y sociales debe ser entendida como un momento de construcción de una nueva identidad y de una nueva cultura política.

En cuanto a la relación entre el movimiento político y las organizaciones sociales vemos cuatro posibilidades: a) que las demandas de los distintos sectores sociales sean canalizadas a partir del movimiento político por la vía de la incorporación de sus reivindicaciones al 'programa'; b) que el movimiento integre representaciones sociales y las incorpore al nivel de decisión 'duro'; c) que se produzca una especie de simbiosis entre las expresiones políticas y los movimientos sociales; y d) todas las deformaciones clásicas pseudo vanguardistas y manipuladoras. Las dos primeras posibilidades parecen las más adecuadas, las otras cuestionan

For Marx, any organization was a sect if it turned any set of particular opinions (including Marx's opinions) into an organizational boundary, if it turned that set of particular opinions into the determinant element of its organizational form... Marx never created his own organization. He used to work in association with existing organizations, trying to influence them and, above all, to influence, through them, the social movement. The priority he gave to his activity in these organizations did not stem from his ideological affinity with them, but from the importance they could have for social transformation.⁸

The construction of a revolutionary political movement involves a collective process of reflection and joint action through which social and moral strength is accumulated, a position is consolidated, as well as a social territory and a political space are occupied. Its demands create a continent of destinies based on practical solidarity and not a unification of destinies because of a lack of solidarity. Since class struggle does not depend on any subjective will, the real unification can never be the result of the voluntaristic gesture of superstructures. The relationship between political and social organizations must be understood as a moment of the construction of a new identity and political culture.

Regarding the relationship between the political movement and social organizations we consider four possibilities: a) that the demands from different social groups are channeled by the political movement through the incorporation of their demands into the 'program'; b) that the movement integrates social representations and incorporates them into the level of decision-making; c) that a kind of symbiosis is produced between political expressions and social movements; and d) that the classical pseudo-vanguardist and manipulatory distortions occur. The two

abiertamente la autonomía de las organizaciones de base. La autoorganización del campo popular es la precondition de su poder y el movimiento debe contribuir con ella.

Si consideramos que en el proceso de conformación de un movimiento político revolucionario la relación dialéctica con las organizaciones de base es estratégica, debemos reconocer que sería sumamente contradictorio pensar al primero como estructura vertical y centralizada. Dos elementos caracterizan a muchas de estas organizaciones: la heterogeneidad y la flexibilidad y no se puede negar que explican buena parte de su fuerza y su vitalidad. El movimiento político tiene que reconocer como uno de sus componentes fundamentales a colectivos no partidarios. No debería existir una relación de subordinación entre los 'núcleos de base' y el nivel de dirección. Es decir: no debemos situarnos en el lugar de las vanguardias clásicas. Hay que asumir lugares más dialécticos que nos permitan aprender y crecer junto al movimiento social.⁹ Hay que impulsar una metodología 'anticupular'.

La actual fragilidad del lazo que une a organizaciones sociales y políticas puede verse como reflejo de la debilidad de los trabajadores y de los actuales niveles de dispersión de las masas populares en general. La ausencia de lazos orgánicos con las masas explica también las dificultades que surgen a la hora de unificar a organizaciones que teóricamente tienen acuerdos estratégicos o visiones similares.¹⁰

Se torna necesario repensar la relación entre el movimiento 'espontáneo' y la 'conciencia revolucionaria'. Ya es hora de abandonar la concepción que niega de plano la posibilidad de una 'ideología independiente' elaborada por las masas en el curso de su movimiento. En el mismo sentido es necesario repensar el rol de las

first possibilities seem to be the most suitable; the other ones clearly question the autonomy of grassroots organizations. Self-organization in the popular field is the precondition for its power, and the movement must contribute to it.

If we consider that in the process of shaping a revolutionary political movement the dialectical relationship with grassroots organizations is strategic, we must recognize that it would be extremely contradictory to think of the former as a vertical and centralized structure. Two elements characterize many of these organizations: heterogeneity and flexibility, and we cannot deny that they explain a large part of their strength and vitality. The political movement has to recognize non-party groups as one of their fundamental components. There should not be a subordinate relationship between 'grassroots groups' and the level of direction. In other words, we should not situate ourselves in the place of classical vanguards. We should assume more dialectical places that allow us to learn and grow together with the social movement.⁹ We should instigate a methodology that is not top-down.

The current weakness of the link that connects social and political organizations can be seen as a reflection of the weakness of workers and of the current level of dispersion of popular masses in general. The absence of organic links with the masses also explains the difficulties to unify organizations that, in theory, have strategic agreements or similar views.¹⁰

It is necessary to reconsider the relationship between the 'spontaneous' movement and 'revolutionary consciousness'. It is time to withdraw the conception that denies the possibility of

vanguardias y comenzar a considerar que las que son realmente ‘auténticas’ tienden a expresarse como un sector social concreto que por su situación objetiva está en condiciones de influir en el resto de la sociedad, es decir, la vanguardia como un sector dinamizador de luchas, no como un club de superdotados, como ya se ha dicho.

Desde el emplazamiento leninista tradicional el ‘forzamiento’ de la realidad, de la historia, deviene siempre necesario frente al ‘atraso’ de la conciencia. La conciencia de clase ‘para sí’ se introduce invariablemente desde el exterior. El partido se siente llamado a cubrir el hueco de la conciencia (en lugar de favorecer los procesos de su desarrollo y de trabajar para despertar la autoconciencia) y a obligar los acontecimientos. El forzamiento es resultado de una polarización entre la clase y el partido, de una escisión que lleva a confundir las necesidades propias de la dirección política con las necesidades de las masas y las necesidades de un proceso genuino de transformación. El partido de esta manera ‘trasciende’ la historia, propone una racionalidad por fuera de la misma.

El movimiento de la sociedad civil, la praxis social concreta tiene una importancia que excede la sola influencia de la teoría, “pues la teoría sólo puede intervenir con éxito en la práctica si despierta los indicios de autocomprensión que la práctica ya tiene”.¹¹ Un saber práctico-político entra en crisis cuando no logra encarnarse en una fuerza social concreta. En este aspecto vale recordar que Marx consideraba que “la teoría se transforma en fuerza material desde el momento en que penetra en las masas.” Estos planteos resultan fundamentales al momento de pensar en el movimiento político. Desde una noción que sostenga la externalidad de la conciencia revolucionaria, el supuesto movimiento político correría el riesgo del desarraigo,

an ‘independent ideology’ elaborated by the masses in the course of their movement. In this sense, there is a need to reconsider the role of vanguards and to begin to consider that those that are really ‘authentic’ tend to express themselves as a concrete social sector that, because of their objective situation, are in a position to influence the rest of the society; that is, the vanguard as a group that articulates struggles, not as a club of extremely gifted people, as it has already been said.

From the traditional Leninist position the ‘forceful bringing about’ of reality, of history, becomes necessary in the face of the ‘delay’ of consciousness. Class consciousness ‘for itself’ is invariably introduced from the outside. The party feels obliged to fill the gap of consciousness (instead of helping the processes for its development and working to awake self-consciousness) and ‘bring about’ the events. The ‘bringing about’ is the result of a polarization between the class and the party; of a split that leads to the confusion of the needs of political direction with those of the masses, and with the needs of an authentic process of transformation. This way, the party ‘transcends’ history, because it proposes a rationality from the outside.

The movement of civil society – the concrete social praxis – has an importance that exceeds the pure influence of theory, “because theory can only intervene successfully in practice if it awakens the traces of self-understanding that practice *already* has”.¹¹ A practical-political knowledge enters into a crisis when it does not succeed in connecting to a concrete social force. From this point of view it is worth remembering that Marx considered that “theory becomes material strength from the moment it penetrates the masses”.

podría convertirse en una estructura hueca y superestructural y –posiblemente– verticalista y jerárquica. De una relación de exterioridad a una relación coercitiva hay un solo paso. Al decir de John William Cooke, estaríamos ante una superestructura que “solo serviría para beneficio de políticos burgueses con veleidades progresistas”. Se caería en las redes de la “ley de hierro de la oligarquía” de la que hablaba Roberto Michels.

Sucede que el movimiento político no debe pensarse como la condición de la recomposición del campo popular, sino a la inversa. En esta coyuntura los esfuerzos militantes deben estar orientados hacia esa tarea de recomposición social, ideológica y política. Es que, por otra parte, la tarea de recomposición implica la transformación de los que intervienen. La ‘ideología independiente’ se desarrolla al calor de un movimiento que altera la ‘espontaneidad’ y también las ‘conciencias externas’. La insistencia con respecto al movimiento político se relaciona con la necesidad de no perder de vista el desafío global y la existencia de un campo de lucha específicamente político: lo global relacionado con la necesidad de contar con una estrategia a largo plazo para la edificación de un orden alternativo.

La fragmentación es una realidad generada por el sistema. La lucha contra el sistema es una lucha política e implica homogeneización y algún nivel de centralización preferentemente instrumental y efímera. Si consideramos que la organización política siempre es nociva para las organizaciones populares y reivindicamos su particularismo ¿no terminamos confundiendo la fragmentación con el pluralismo, es decir no terminamos aceptando acríticamente la fragmentación? “Contraoponer simplemente la diferencia a la identidad, la pluralidad a la unidad, lo marginal a lo central, es recaer en la

These approaches are essential when thinking about the political movement. From a perspective that maintains the externality of revolutionary consciousness, the hypothetical political movement would run the risk of disconnection; it could become an empty and superstructural and – possibly – a verticalist and hierarchical structure. From a relationship of externality to a coercive relationship there is just one step. In John William Cooke’s words, we would be facing a superstructure that “would only serve bourgeois politicians with progressive whims”. It would fall into the nets of ‘the iron law of oligarchy’, talked about by Robert Michels.

The political movement cannot be thought of as the condition for the recomposition of the popular field; it is the opposite. In these circumstances militant efforts must be oriented to the task of social, ideological and political recomposition. But the task of recomposition also involves the transformation of those who participate. An ‘independent ideology’ develops in the heat of a movement that alters its ‘spontaneity’ and also the ‘external consciousnesses. Our insistence with regards to the political movement is related to the need not to lose sight of the global challenge and of the existence of a specific political field of struggle; that is, the global that is related to the need to rely on a long-term strategy for the construction of an alternative order.

Fragmentation is a reality generated by the system. The struggle against the system is a political struggle and involves homogenization and a certain level of centralization, preferably instrumental as well as ephemeral. If we consider political organization always to be harmful for popular organizations, and if

oposición binaria, como saben perfectamente los más sutiles destructores. Es puro formalismo imaginar que la 'otredad', la heterogeneidad y la marginalidad son beneficios políticos absolutos al margen de su contenido social concreto".¹²

Para la lucha integral (y la lucha contra el sistema debe serlo) es necesario lo que Gramsci denominaba hombre colectivo. Ahora bien, ¿puede haber hombre colectivo en el terreno de la no producción, de la exclusión y la fragmentación? La clase obrera ocupa una situación dual: está dentro de la sociedad civil porque sigue siendo imprescindible como objeto, no como sujeto y, por lo tanto, también está fuera de ella. ¿Cuál es la situación del excluido? ¿Pueden los nuevos sectores sociales subalternos aspirar a dirigir la sociedad a partir del lugar que hoy ocupan en el terreno de la producción? Más allá de los interrogantes, lo que queda claro es que el hombre colectivo sigue siendo la condición de los cambios radicales.

Uno de los riesgos que corren las organizaciones y grupos políticos populistas o de izquierda consiste en concebir a la fuerza propia como un principio unificador del todo social y plantear un tipo de relación trascendental con las bases. La rearticulación de la sociedad civil no depende de la voluntad de un grupo. Estamos de acuerdo con Terry Eagleton cuando afirma que "si los diversos elementos de la vida social –por así decirlo, aquellos grupos que esperan ser hegemonizados en una estrategia política radical– no conservan una cierta contingencia e identidad propias, la práctica de la hegemonía significa simplemente fusionarlos en un nuevo tipo de totalidad cerrada".¹³ La tarea va mucho más allá de la conformación de un colectivo y del esfuerzo por mantenerlo unido por la

we defend their particularity, will we not end up confusing fragmentation with pluralism; in other words, do we not end up accepting fragmentation without critique? "Simply contrasting difference and identity, plurality and unity, the marginal and the central, is to repeat the binary opposition again, as the most subtle destructive person perfectly knows. It is pure formalism to imagine that 'otherness', heterogeneity and marginality are absolute political benefits apart from their specific social content."¹²

For a total struggle (and the struggle against the system must be so) we need what Gramsci called 'the collective man'. Now, can the collective man exist in the field of non-production, of exclusion and fragmentation? The working class holds a dual situation: it is within civil society, because it keeps on being indispensable as an object, not as a subject, and therefore it is also outside of it. What is the situation of the excluded? Can the new subaltern social sectors aim to direct society departing from the place they occupy nowadays in the sphere of production? Beyond these questionings what is clear is that the collective man is still the condition for radical changes.

One of the risks run by populist or left-wing political organizations and groups is to conceive their own strength as a principle that unifies the whole social and poses a transcendental relationship with the grassroots. The reorganization of civil society does not depend on the will of a group. We agree with Terry Eagleton when he states that "if social life's various elements – so to speak, those groups that hope to be hegemonized in a radical political strategy – don't keep a certain contingency and identity of their own, the hegemonic practice means simply merging them in a new type of closed totality".¹³ The task goes far

solidaridad y la entrega.

En síntesis: imaginamos al movimiento político como una organización de organizaciones que debe asumir la doble tarea de promover el protagonismo popular y contribuir efectivamente a crear las condiciones para que ese protagonismo sea posible, que integre una diversidad de actores con sus subculturas propias y que, como instancia de contención amplia, potencie estas subculturas en lugar de anularlas. Se trata de consolidar un bloque cultural y social que una, de manera orgánica, al movimiento con las bases. Sin bloques sociales constituidos no existen posibilidades de cambios radicales, todas las opciones políticas serán coyunturales, efímeras. Una propuesta política vale en tanto se enuncia desde un lugar socialmente legítimo, un lugar de organización, de lucha, de praxis significativa (a través de la praxis se consolidan los lazos sociales y se definen las identidades, a través de la praxis se cuestionan las relaciones de poder vigentes). La tarea pasa por aportar a la construcción de ese lugar. Más importante que tener políticas públicas para la coyuntura es crear las condiciones sociales de aplicación y recepción de esas políticas. No se construye desde definiciones o posicionamientos teóricos sino desde prácticas. No se acumula con 'demostraciones pedagógicas' (vamos a demostrar que el Estado es represor) tampoco confundiendo la revolución con la travesura. Las ideologías con contenidos unívocos y exigencias sintácticas fuertes tienden a ocupar las franjas más marginales del espectro político. En ciertos grupos y organizaciones está muy arraigada la costumbre de llevar definiciones políticas e ideológicas cerradas a los denominados 'frentes de masas', de este modo el componente doctrinario funciona como un obstáculo, la ideología se convierte en una toxina y la izquierda se perpetúa como

beyond the conformation of a collective and the effort to keep it united by means of solidarity and dedication.

To sum up: we imagine the political movement as an organization of organizations that should assume the double task of promoting popular protagonism and effectively contributing to create the conditions for that protagonism to be possible. The political movement, as a body of wide inclusion, should integrate a diversity of actors with their own subcultures, fostering these subcultures instead of subjecting them. It is a question of consolidating a cultural and social block that unites the movement with the grassroots in an organic way. Without constituted social blocks there are no possibilities for radical changes; every political option will be contextual and ephemeral. A political proposal is worth as much as it is stated from a socially legitimate place; a place of organization, of struggle, and of significant praxis (through praxis social links are consolidated and identities are defined; through praxis prevailing power relations are questioned). The task involves contributing to the construction of that place. More relevant than having public policies for the situation is to create the social conditions for the application and reception of those policies. It is not from definitions or theoretical positions that we construct, but from practices. We do not accumulate with 'pedagogical demonstrations' (let's demonstrate that the State is repressive), nor confuse revolution with pranks. Ideologies with univocal contents and strong syntactic requirements tend to occupy the most marginal strips of the political spectrum. In certain groups and organizations the habit of taking closed political and ideological definitions to the so-called 'frontlines of the masses' is deeply rooted; this way the doctrine

factor inerte.

works as an obstacle, ideology becomes a toxin and the Left is perpetuated as an inert factor.

**notas
notes**

- * Este artículo ha sido publicado en Mazzeo, M. (2005) *¿Que [no] hacer?* Buenos Aires: Antropofagia. This article was published in Mazzeo, M. (2005) *¿Que [no] hacer?* Buenos Aires: Antropofagia.
- 1 Según Daniel Guérin, Max Stirner “sólo se uniría a un partido si éste no tuviera ‘nada de obligatorio’. La única condición para su eventual adhesión sería la posibilidad de que ‘el partido no se apoderara de él’ (Guérin, 1968: 36). Este autor también plantea que Bakunin, “ya anarquista, sigue convencido de la necesidad de una vanguardia consciente” y cita pasajes donde el anarquista se muestra partidario de los cuerpos unificadores, de los grupos de individuos unidos por ideales que ejercen una “acción natural sobre las masas” y de los estados mayores (*ibid.*: 42-43).
According to Daniel Guérin, Max Stirner “would only join a party that did not involve anything compulsory. The only condition for his eventual adhesion would be the possibility that the party would not take control of him (Guérin, 1968: 36). This author also states that Bakunin, “already an anarchist, was still convinced of the need of a conscious vanguard” and quotes passages where the anarchist presents himself as favouring unified bodies of groups of individuals united by ideals and exercising a “natural action over the masses” (*ibid.*: 42-43).
 - 2 Rey (2004: 23-24).
 - 3 Los enfoques coercitivos, predominantes en las organizaciones tradicionales de la izquierda, reflejan las jerarquías de nuestras sociedades desiguales, se caracterizan por considerar a los sujetos como subordinados, por no tomar en cuenta las situaciones concretas y por impulsar un sistema de promociones y sanciones individuales. En el enfoque coercitivo la información verticalmente genera desconfianza. Una “red vertical” no puede sostener la confianza social. La alternativa son los enfoques cooperativos que desarrollan algunas organizaciones sociales y políticas, que presentan un amplio frente de lucha contra la burocracia, el autoritarismo y la desconfianza.
Cohesive approaches, predominant in the traditional organizations of the Left, reflect the hierarchies of our unequal societies and are characterized by considering the subjects as subordinates, by not taking into account concrete situations and by establishing a system of individual promotions and sanctions. In this cohesive approach vertical information generates mistrust. A ‘vertical network’ cannot sustain social trust. The alternative is a co-operative approach, developed by some social and political organizations, presenting a wide front of struggle against bureaucracy, authoritarianism and mistrust.
 - 4 Freire (1986: 43).
 - 5 Holloway (2004).
 - 6 Jameson (1997: 56-57).
 - 7 Cabe recordar que en la edición inglesa de 1888 en lugar de decir ‘principios especiales’ decía ‘principios sectarios’.
We must remember that in the English edition of 1888, instead of ‘special principle’, it was written ‘sectarian principles’.
 - 8 Sanz (1998: 51). En el mismo artículo el autor sostiene que: “La lealtad a los partidos en tanto que aparatos deriva siempre en deslealtad respecto al propio pensamiento y respecto al sector social que se pretende representar, pues los intereses de los aparatos coinciden punto por punto con los intereses individuales de quienes los dominan” (*ibid.*: 52).
Sanz (1998: 51). In the same article the author maintains that “the loyalty to the parties as apparatus has always its origin in the betrayal of one’s own beliefs and the social sector that one claims to represent, as the interest of the apparatus coincides, point by point, with the individual interest of those that dominate the party” (*ibid.*: 52).
 - 9 Proponemos recuperar el desusado concepto de la organización como proceso o como producto de la lucha, propuesto por Anton Pannekoek y por Rosa Luxemburgo.

We would like to recuperate the unused concept of organization as process or as product of the struggle, as proposed by Anton Pannekoek and Rosa Luxemburg.

- 10 ¿Cuánto tiempo hemos perdido en dilatadas reuniones con supuestos (y declamatorios) ‘compañeros estratégicos’ que no condujeron a nada?

How much time have we wasted in long meetings with pretentious ‘strategic comrades’, which led nowhere?

- 11 Eagleton (1997: 231).

- 12 Eagleton (*ibid.*: 166-167).

- 13 Eagleton (*ibid.*: 269).

referencias references

- Eagleton, T. (1997) *Ideología, Una introducción*. Barcelona: Paidós; Eagleton, T. (1991) *Ideology: An introduction*. London: Verso.
- Freire, P. (1986) *La educación como práctica de la libertad*. México: Siglo XXI; Freire, P. (1976) *Education, the practice of freedom*. London: Writers and Readers Publishing Cooperative.
- Gramsci, A. (1973) *Notas sobre Maquiavello, sobre la política y sobre el Estado Moderno*. Buenos Aires: Nueva Visión [http://www.marxists.org/archive/gramsci/prison_notebooks/]
- Guerín, D. (1968) *El anarquismo*. Buenos Aires: Proyección (colección Signo Libertario); Guerín, D. (1970) *Anarchism: From Theory to Practice*, trans M. Klopper. New York: Monthly Review Press [<http://www.geocities.com/CapitolHill/1931/guerin/contents.html>].
- Holloway, J. (2002) *Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy*. Buenos Aires: Universidad Autónoma de Puebla, Herramienta; Holloway, J. (2005) *Change the world without taking the power: the meaning of revolution today*, 2nd ed. London: Pluto Press.
- Jameson, F. (1997) *Periodizar los ‘60*. Córdoba: Alción Editora.
- Pannekoek, A. (1976) *Los consejos obreros*. Buenos Aires: Editorial Progreso; Pannekoek, A. (2003) *Workers’ Councils*. New York: AK Press.
- Rey, M.T. (2004) *La autonomía como búsqueda, el Estado como contradicción*. Buenos Aires: Mimeo; Rey, M.T. (2005) ‘The state as a contradiction’, *Capital & Class*, 85: 33-34.
- Sanz, L. (1998) ‘Una disutopía radical’, *Debate Abierto*, 2(7).

el autor the author

Miguel Mazzeo es profesor de historia en la UBA, Coordinador del Departamento de Historia del Centro Cultural de la Cooperación. Docente de la Escuela de Capacitación del Sindicato de Luz y Fuerza de Córdoba, participa en espacios de “formación” de distintas organizaciones populares. También ha participado y participa en diversas Cátedras Libres (de Derechos Humanos, Che Guevara, de Estudios Latinoamericanos, John W. Cooke, Pensamiento Latinoamericano, etc.) en Buenos Aires y en el interior del país. Fue Coordinador Nacional de la Cátedra Libre ‘Universidad y Movimientos Sociales’. Militante del Frente Popular Darío Santillán.
E-mail: pincen66@yahoo.com.ar

Miguel Mazzeo is Professor of History at the University of Buenos Aires and Coordinator of the History Department of the Centro Cultural de la Cooperación (Centre of Cultural Cooperation); he is a teacher at the Training School of the trade union Luz y Fuerza de Córdoba; he participates in ‘training’ spaces of different popular organizations. He has also participated and still participates in several ‘Cátedra Libre’ courses (Human Rights, Che Guevara, Latin American Studies, John W. Cooke, Latin American Thought, etc.) in Buenos Aires and the interior of the country. He was the National Coordinator for the ‘Cátedra Libre’ course on ‘University and Social Movements’. He is a militant of the Darío Santillán Popular Front.

la traductora the translator

María de la O López Abeledo es una traductora (Español-Inglés-Portugués). Ella es Licenciada en Filología Hispánica por la Universidad de A Coruña (España) y Doctoranda de Lingüística Aplicada en la Universidade Federal do Rio Grande do Sul (UFRGS), Porto Alegre, Brasil.

María de la O López Abeledo is a translator (Spanish-English-Portuguese). She is a graduate in Spanish Philology (University of A Coruña, Spain) and a PhD student in Applied Linguistics at the Federal University of Rio Grande do Sul (UFRGS), Porto Alegre, Brazil.